

CATHERINE CLÉMENT

EL VIAJE DE TEO

Traducción del francés de
Anne-Hélène Suárez Girard

iruela

Las Tres Edades 25 Aniversario

Índice

- La ira de los dioses 11
- 1 Un lío de los de Marthe 21
- 2 El año que viene, en Jerusalén 37
- 3 Un muro y una tumba 79
- 4 La noche de los justos 107
- 5 Una barca solar y diez lentejas 124
- 6 El arqueólogo y la *shaij* 141
- 7 Siete colinas, una piedra 160
- 8 La gloria y los pobres 180
- 9 A las imágenes de Dios 196
- 10 La India de las siete caras 210
- 11 Majandyi 234
- 12 Las lecciones del río 248
- 13 Demonios y maravillas 266
- 14 Rayos benditos 279

- 15 Entre cielo y tierra 304
- 16 Los antepasados y los inmortales 323
- 17 Madres e hijas del Japón 339
- 18 Flor, mujeres, té 361
- 19 La melancolía de los cerezos 382
- 20 La religión del sufrimiento 401
- 21 La Tierra Madre y el don de las lágrimas 424
- 22 Islam: la sumisión a Dios 436
- 23 El amor loco 459
- 24 ¿El libro o la palabra? 478
- 25 La vida de los antepasados 500
- 26 El buey, la cabra, los gallos y el iniciado 520
- 27 La cabalgata de los dioses 551
- 28 La gran protesta 575
- 29 Regreso a los orígenes 604
- 30 El viaje ha terminado, empieza el viaje 629
- Mapa de las etapas del viaje de Teo 649

Para Titus la sardina

La ira de los dioses

— ¡Teo! ¿Has visto qué hora es? ¡Teo!

Teo no dormía de verdad. Con la cabeza metida debajo de las sábanas, se entregaba a la deliciosa sensación flotante del despertar. En el instante preciso en que su madre entró en la habitación, estaba a punto de elevarse por los aires, sin su cuerpo... ¡Qué sueño tan increíble! Y ¿había que detenerse? Ahora que vagaba tan ricamente entre el sueño y el día, ¿por qué?

— ¡Venga, ya está bien! — exclamó Melina Fournay —. Esta vez, como no te levantes...

— ¡No! — gimió una voz sofocada —. ¡No me sacudas la almohada!

— Siempre igual — protestó su madre —. Como te acuestas tarde, tienes mal despertar. ¡Es culpa tuya!

Teo se incorporó perezosamente. Lo más duro era pasar a la posición vertical y enfrentarse al ligero vértigo de la mañana. Un pie surgió de la cama, luego una pierna, luego Teo entero, con el pelo rizado revuelto. Se puso en pie... y se tambaleó. Su madre lo agarró justo a tiempo y se sentó con él en el borde de la cama. Suspirando, examinó los libros esparcidos sobre la manta.

— *Diccionario del antiguo Egipto, Mitología griega, Libro de los muertos tibetano...* ¿Qué son estos horrores? ¡Esto no es para tu edad, Teo! ¿Hasta qué hora te quedaste anoche? — dijo, gruñona.

— Hmm... No sé — masculló Teo, adormilado.

— Te quedas demasiado tiempo leyendo — murmuró, frunciendo sus espesas cejas negras —. Acabarás enfermo.

— Que no... — respondió Teo en un bostezo —. Lo que pasa es que tengo algo de hambre.

— Todo está en la mesa, y te he preparado las vitaminas — dijo, dándole un beso en la frente —. Tu amiga Fatou estará al llegar,

date prisa. Abrígate bien, que hace un frío que pela. ¡Ah!, no te olvides de pasar por la farmacia a buscar tus ampollas. La receta está en el aparador de la entrada... ¡Teo!

Pero Teo correteaba hacia el cuarto de baño, sujetándose en las paredes. Pensativa, Melina volvió a la cocina, donde su marido Jérôme leía el periódico del día anterior.

—Este niño no está bien —dijo a media voz—. Nada bien.

—¿Quién, Teo? —dijo su marido sin levantar la cabeza—. Primero: a sus catorce años, ya no es un niño. Segundo: ¿qué es lo que le pasa?

—Bah, nunca te das cuenta de nada. Tiene una mala cara espantosa, le cuesta levantarse...

—También Descartes odiaba levantarse por las mañanas. Y eso no le impidió llegar a ser filósofo.

—Pero si hasta parece que tiene vértigos y...

—Ya sabes que lee hasta tarde —interrumpió Jérôme tranquilamente.

—¿Has visto sus lecturas? —exclamó Melina—. *Diccionario de mitología, Libro de los muertos tibetano...* ¡El Libro de los muertos!

—Mira, cariño: Teo no ha tenido ninguna educación religiosa. Tú y yo estábamos de acuerdo en esto... ¿Qué tiene de extraño que se forme a sí mismo? ¡Déjalo! Si quiere escoger una religión, que lo haga... Además, ha crecido mucho. En la revisión médica anual no le han encontrado nada, que yo sepa, ¿no?

—¡No hablarás en serio, Jérôme! ¿La revisión médica del instituto? Auscultación, reflejos, una radiografía rápida, y eso ni siquiera todos los años, y ya está... No, decididamente, lo llevo al doctor Delattre.

—¡Ya está bien, Melina! ¡Lo atiborras de reconstituyentes y lo mimas como a un bebé! ¿Que lee hasta tarde? Pues bueno. A mí no me parece mal. Siéntate.

—Algo le pasa —musitó—, estoy segura.

—Como quieras —suspiró él, doblando el periódico—. Ve a ver a Delattre. Conseguirás tu análisis de sangre. Y yo, si no te molesta, me voy pitando al laboratorio. ¿Me das un beso?

Melina le ofreció la mejilla sin contestar.

—Y ¡que no vuelva a oír hablar de los vértigos de tu polluelo adorado! —amenazó al salir de la habitación.

Sola delante de su café, Melina rumiaba esperando a Teo.

La familia de Teo

Hasta ese invierno pasado, el humor de la familia Fournay había sido excelente. No había habido paro, no había habido peleas. El padre de Teo era director de investigaciones en el Instituto Pasteur, tocaba el piano de maravilla y era el mejor marido del mundo. Melina era profesora de ciencias naturales en el instituto George Sand, donde estudiaba Teo, y tenía mucha suerte: compañeros de trabajo enérgicos y alumnos formales. Las hermanas de Teo adoraban a su hermano: la mayor, Irene, estaba empezando una licenciatura en Económicas; y Atena, la pequeña, iba a entrar en sexto. Aparte de algún asunto de calcetines mezclados en la cesta de la ropa sucia y de auténticas batallas campales a la hora de quitar la mesa, Teo no tenía ningún problema con sus hermanas. Pero era frágil, nada más.

Antes de casarse con Jérôme, Melina Chakros había pasado momentos difíciles. Era todavía niña cuando, en 1967, amenazados por la dictadura militar en Grecia, Yorgos Chakros, su padre, y Téano, su madre, que era violinista, habían tenido que exiliarse a París, ciudad carente de olivos y de sol. Y Melina creció, aprobó sus exámenes, conoció a Jérôme, se casó con él, nacieron los niños, la dictadura de los coroneles dio paso a la democracia, y los abuelos Chakros habían vuelto a Atenas. En memoria del país recobrado, los hijos Fournay llevaban nombres griegos. Por eso la mayor se llamaba Irene, es decir, «paz»; y la pequeña, Atena, o sea «sabiduría». En cuanto al nombre completo de Teo, era Teodoro, que significa en griego «don de Dios». Naturalmente, para Teodoro y Atena, no fue fácil en la escuela a causa de sus nombres, pero muy pronto sus amigos se acostumbraron a llamarlos Teo y Ate.

Todo habría sido perfecto de no ser por la salud de Teo.

Teo había tenido un alumbramiento agitado. Melina esperaba gemelos. Habían nacido con más de un mes de antelación, pero solo Teo había sobrevivido. Conservó un sueño difícil y una verdadera fragilidad. Para no trastornarlo más, Melina había decidido no decirle nada de su gemelo muerto, cuya existencia ignoraba. Teo había sido un niño hermoso, algo enclenque, con sus rizos negros y una mirada verde que suscitaba la envidia de sus hermanas.

«La belleza del diablo...», decía en vida la madre de Jérôme, Marie, su abuela francesa, aficionada a las hadas y a los duendes de los bosques. «¡La belleza de los dioses!», replicaba Téano, su abuela griega, que cebaba a su nieto con mitología antigua y religión ortodoxa. Teo era tan guapo, tan vulnerable que, cuando las dos abuelas hablaban, extasiadas, del encanto del niño, Melina se persignaba discretamente y tocaba madera a escondidas para conjurar la mala suerte. Y es que, si bien no creía en Dios, la madre de Teo era tremendamente supersticiosa.

En la familia, ya se sabía, Teo no era como los demás. Siempre el primero en clase, leía sin parar; había empezado desde muy pequeño, constantemente metido en sus dichosos libros. Y, cuando conseguían arrancarlo de sus lecturas, se plantaba delante de su ordenador y exploraba apasionadamente sus CD Rom. En los últimos tiempos, Teo no se despegaba de un juego mitológico en inglés que le había regalado su madre, *Wrath of the Gods: La ira de los dioses*, en que un joven héroe debía enfrentarse a todo lo que Grecia ofrecía en cuestión de sirenas, gigantes y monstruos, mientras una pitonisa de cabellos rojos emitía perversos consejos para desorientar al jugador.

Pese a su reticencia acerca de los juegos de vídeo, Melina no había resistido a *La ira de los dioses* por Grecia. Durante horas, Teo se paseaba por la pantalla a través del país natal de su madre, bajo los olivos griegos; durante horas, jugaba con el héroe que se parecía a él como un hermano. Guapo, muy listo y algo frágil, el héroe de *La ira de los dioses* tenía que enfrentarse varias veces a los Infiernos para encontrar a su verdadero padre, Zeus, el rey de los dioses griegos. Cuando Jérôme Fournay trataba de rivalizar con su hijo, acababa en los infiernos y no volvía a salir de allí... Era un he-

cho probado: a fuerza de gemas, martillos, filtros y anillos mágicos, solo Teo conseguía encontrar al rey de los dioses con su ordenador. Todo el mundo sabía que Teo era un niño genial.

El que Teo fuera un pequeño genio no inquietaba a mucha gente, que digamos. Pero era frágil, demasiado frágil. A toda prisa, Melina recapituló: a los tres años, había tenido una primera infección. A los siete años, una mala escarlatina lo había debilitado durante mucho tiempo, pero ahora tenía catorce años y eso era ya agua pasada. A los diez años, se había roto la tibia jugando al fútbol. Luego, creció muchísimo, el deporte empezó a cansarlo, los profesores hablaban de estrés, en fin, que Teo arrastraba una extraña astenia. ¿Había que buscar las causas en la genética? A los catorce años, su madre había sufrido una importante anemia. O ¿se trataba de una simple hipoglucemia? A menos que fuera una mononucleosis...

Fatou

—¡Hola! —exclamó una voz en el pasillo—. ¡Soy Fatou!

Como siempre, Fatou era de una puntualidad ejemplar. Y, como siempre, llegaba jadeante, sacudiendo sus minúsculas trenzas rematadas por bolas doradas. Fatou la senegalesa vivía cerca y era la alegría de la mañana.

—¿Ya estás aquí? ¡Si no te he oído llamar!

—¡Normal! —contestó la niña quitándose la mochila—. Me he cruzado con tu marido, y me ha abierto la puerta. ¿Teo está listo?

—¡Qué va! —suspiró Melina—. Ya sabes cómo es. Anda, siéntate y tómate un café.

—No tengo tiempo. Llegamos tarde. Además, esta mañana tenemos examen de historia. Voy a buscarlo.

—¡Llama antes de entrar! ¡Está en el cuarto de baño! —exclamó en vano Melina.

Como si a Fatou le preocupara ver desnudo a Teo... Desde párvulos, habían crecido juntos. En la calle Abbé Grégoire, nunca se veía a Fatou sin Teo, ni a Teo sin Fatou. Fatou reía siempre, menos en las

manifestaciones, como cuando se cargaron a un chico en las afueras. Entonces, Fatou se precipitaba a casa de Teo y le cogía la mano: «Venga», decía ella, «vamos a la manifestación». Teo no podía estar sin Fatou, que lo sacaba de sus libros contándole cosas del Senegal.

La larga nariz de las piraguas que se deslizaban sobre la cresta de las olas, los baobabs de atormentados brazos, los negros graneros sobre pilares, las playas en que los pescadores volcaban sus cestas de barracudas, el pesado vuelo de los pelícanos, los ojos rojos de los hipopótamos que surgían una vez cada diez años en las riberas del río Senegal... Fatou hablaba, y Teo soñaba. El señor Diop, el padre de Fatou, era viudo. Filósofo de oficio y funcionario en la Unesco, hablaba de las vacaciones que algún día, era seguro, pasarían juntos en África... Pero, año tras año, las familias se encontraban en Baule, donde, en la orilla del mar, Abdoulaye Diop comparaba, melancólico, las olas grises de las playas francesas con las olas turquesa de su país.

—¡Melina! —chilló súbitamente Fatou en el cuarto de baño—. ¡Deprisa!

Melina acudió precipitadamente. Tendido cuan largo era en las baldosas del cuarto de baño, Teo se había desmayado. Fatou le daba palmaditas en las mejillas sin resultado. Melina tomó un vaso, abrió el grifo del todo y lanzó agua sobre el rostro de Teo, que parpadeó y estornudó.

—No te muevas, cariño —susurró su madre—. Espera... vamos a levantarte.

Pero, una vez de pie, Teo se puso a sangrar por la nariz.

—Pon la cabeza hacia atrás, Teo —ordenó Melina tajante—. Fatou, una toalla, por favor. Mójala. Con agua muy fría. Pásame-la... Así, en la frente. No es nada.

Pero no se creía lo que decía. No, no era «nada». Melina no se había equivocado: Teo estaba enfermo. Y, mientras se detenía la hemorragia, palpaba el cuello de su hijo. Lleno de ganglios. El rostro de Melina se crispó.

—Fatou, Teo no irá a clase esta mañana —decidió—. Voy a escribir una nota, y la llevas al director.

—Sí, señora —contestó Fatou, petrificada.

—¡No me llames señora! —tronó Melina—. Teo, ve a acostarte. Te llevo el desayuno a la cama.

—¡Bien! —musitó Teo—. ¡Me encanta!

—Gandul —dijo Fatou—. Volveré luego. No te preocupes, Teo.

—Si no me preocupo. ¿Por qué tendría que estar preocupado?

Una enfermedad misteriosa

El doctor Delattre había tomado la tensión a Teo, había comprobado sus reflejos, había palpado los ganglios del cuello, había examinado las axilas y los pliegues de la ingle, y se había detenido un instante en un cardenal que Teo tenía en el muslo.

—¿Cuándo te has golpeado? —preguntó, con expresión hermética.

Pero Teo, que se golpeaba cada dos por tres, ya no sabía exactamente dónde ni cuándo. Entonces, el doctor miró la piel palmo a palmo y encontró en el vientre otro cardenal que le llamó de nuevo la atención. Lo auscultó, le hizo mover los músculos, comprobó la flexibilidad del cuello y se levantó sin decir una palabra, ni siquiera adiós. En vista de lo cual Teo se puso detrás de la puerta para oír lo que el doctor iba a decir a su madre.

Al salir de la habitación de Teo, el doctor Delattre lanzó un enorme suspiro.

—Sin los análisis, no se puede saber —dijo después de un largo silencio—. Llame a este número y que vengan del laboratorio a hacerle un análisis de sangre. Inmediatamente.

—¿Quiere usted decir que no puedo llevarlo allí? —preguntó Melina, angustiada.

—Prefiero que se quede en la cama. Con las hemorragias nasales, hay que ser prudentes.

—Doctor, tiene algo, ¿verdad?

—Quizá —dijo el doctor, evasivo—. En cuanto tenga los resultados, la llamo.

—Pero ¿qué puede ser? —gimió Melina.

—Señora Fournay, deje de atormentarse y esperemos hasta mañana. Por cierto, hoy no da clase, ¿no?

—Sí, dentro de dos horas. Pero, mientras tanto...

—¡Mientras tanto, que se alimente, déle lo que quiera y déjelo en paz! ¡No debe de ser nada grave!

Encantado, Teo volvió a acostarse. Si no era nada grave, se pasaría una semanita tan ricamente, en la cama, con sus libros, su ordenador y la tele. Mamá le llevaría cada mañana una bandeja con té, tostadas y un huevo pasado por agua, y ya no se vería obligado a abandonar sus sueños nocturnos. Fue lo que ocurrió esa mañana: mamá le llevó la bandeja, el huevo, los trocitos de pan y el té, y se fue a clase, y Teo volvió a dormirse como un bebé.

Evidentemente, antes de que se fuera su madre, la enfermera le había pinchado en el brazo para el análisis de sangre. Pero no era un precio muy elevado a cambio de ese día de delicias; además, Teo ya estaba acostumbrado a los pinchazos.

A la mañana siguiente, Teo oyó a su madre telefonar al doctor Delattre y cerrar la puerta. ¿Qué podía estar diciéndole el médico?

Melina reapareció, con expresión triste.

—Vístete, Teo. Vamos al hospital a hacer otras pruebas. Tenemos cita en urgencias.

¿El hospital? ¿Urgencias? Teo se sintió desfallecer, pero no quería que su madre se lo notara. El hospital le daba mala espina. Bueno, en el peor de los casos, llevaba un año de adelanto en clase.

—Y ¿qué pruebas son esas? —preguntó con un hilo de voz.

—Nada, cariño. Te van a tomar un poco de médula de los huesos. Es un poco molesto.

—¿Médula? ¡Oye, que no soy un hueso de estofado! —bromeó Teo.

Pánico a bordo

Cuando llegaron los resultados del hospital, todo cambió.

La familia estaba completamente trastornada. Mamá disimulaba sus lágrimas, papá volvía muy temprano por las tardes, Ate iba

continuamente a la habitación de su hermano e Irene lloraba. En cuanto a Fatou, había dejado de reír. Teo intentó hacerla rabiarse con sus trenzas, que estaban medio deshechas, pero Fatou se limitaba a esbozar una sonrisita triste que le partía a uno el corazón. «¿Qué tengo exactamente?», se preguntaba Teo.

Naturalmente, nadie le decía nada. Lo extraño es que no había vuelto al hospital. Pasó una semana. Teo no se sentía ni del todo peor ni del todo mejor. Flotaba en un océano de debilidad que no resultaba desagradable. Cuando Fatou le preguntaba: «¿Qué, Teo? ¿Cómo te encuentras hoy?», él contestaba invariablemente: «Un poco cansado, pero bastante bien».

Ya no se planteaba la cuestión de ir a clase. Dos días después del resultado de la punción lumbar, papá había resuelto el problema en un abrir y cerrar de ojos. Fatou traería los apuntes, Teo estudiaría en casa, redactaría sus trabajos, los profesores estaban de acuerdo en corregirlos, así como el director. No habría retraso escolar ni dificultades, dijo papá.

Ya se esforzaba, ya, papá en vigilar el cumplimiento de esas disposiciones. Había comprado una mesa adaptada para trabajar en la cama: una estupenda mesilla con patitas que se colocaban sobre las sábanas. Había regalado a Teo una pluma que se deslizaba bien sobre el papel... Sí, papá se ocupaba de todo. Pero Teo prefería sus queridos libros a los manuales de matemáticas, y Fatou, que lo sabía, no parecía indignarse por ello ni lo más mínimo.

Una mañana, le trajo un collar del que había colgado un escorpión negro de abalorios. «Un amuleto de mi tierra», le explicó colgando el hilo en el cuello de Teo. «Es de parte de mi padre. Llévalo por mí... Te protegerá, Teo.» El animal protector era gracioso, con sus ojos de bolitas blancas, y Teo lo manoseaba con deleite, pensando en las extrañas divinidades que velaban por él desde la lejana África donde había nacido Fatou.

Ese día, Fatou había sonreído. Pero, desde entonces, ni una vez más, y Teo se atormentaba. Lo peor era mamá, con su coraje y sus ojos rojos de tanto llorar. Por supuesto, Teo engullía medicinas todos los días, pero ya no había cajas ni prospectos, y Teo no podía enterarse de nada. El doctor pasaba con frecuencia

para examinar la piel, vigilar la aparición de cardenales y palpar los ganglios. Mamá le traía las pastillas y el vaso de agua, y se sentaba en el borde de la cama sin decir palabra. Una mañana, Teo había preguntado si tenía el sida, y ella salió bruscamente corriendo, con lágrimas en los ojos.

No, lo único que sabía era que estaba enfermo y que quizá, sí, quizá moriría. Pero eso no se lo diría a nadie, además no era seguro del todo.